

Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 17 (2007)

Artikel: Voces andaluzas : (o usadas por autores andaluces) que faltan en el Diccionario de la Academia Española (1920) : edición facsimilar : Miguel de Toro y Gisbert
Autor: Galeote, Manuel
Kapitel: Introducción
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-840910>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 30.11.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

1. INTRODUCCIÓN

Las páginas que siguen representan una ambiciosa introducción a la obra del granadino Miguel de Toro y Gisbert (1880-1966), el olvidado lexicógrafo andaluz, prologuista y editor de las póstumas *Disquisiciones sobre filología castellana* (1937) de su sabio amigo colombiano Rufino J. Cuervo¹.

Toro y Gisbert era hijo de otro lexicógrafo, Miguel de Toro y Gómez (Loja, Granada, 1851 - Buenos Aires, 1922). Ambos, padre e hijo, vivieron en París como intelectuales y prolíficos autores de diccionarios señeros, insertándose en la tradición francesa de lexicógrafos y gramáticos españoles, al estilo de Vicente Salvá, Núñez Taboada o Elías Zerolo². Toro y Gisbert se formó en la

¹ Un anticipo muy breve de este trabajo se presentó en las *IX Jornadas sobre la enseñanza de la lengua española* (Universidad de Granada, 26 a 29 de noviembre de 2003), vid. «Sobre las «Voces andaluzas (o usadas por autores andaluces que faltan en el DRAE)» de Toro y Gisbert", en: M^a. I. Montoya Ramírez y J. A. Moya Corral (eds.), *Variaciones sobre la enseñanza de la lengua. Actas de las IX Jornadas sobre la enseñanza de la lengua española*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2004, pp. 185-198. Asimismo, algunas ideas fueron aprovechadas para el artículo «Miguel de Toro y Gisbert (1880-1966), pionero de la lexicografía andaluza», *Anuario de Letras*, 42-43, (2004-2005), pp. 77-103.

² Véase P. Álvarez de Miranda, «Aproximación a la figura y la obra de don Miguel de Toro y Gisbert», comunicación presentada al *IV Congreso de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística* (La Laguna, Sta. Cruz de Tenerife, 22 a 25 de octubre de 2003), impresa con el título “La aspiración al «Diccionario total»: Un fragmento del *Diccionario general de la lengua española* (c. 1933), de Miguel de Toro y Gisbert”, en *Actas del IV Congreso de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*

universidad y trabajó como infatigable lexicógrafo para la editorial Larousse casi toda su vida. Aprendió del buen oficio de su padre, también destacado lexicógrafo de la casa Garnier y Larousse. Su prestigio y experiencia les reservó un lugar destacado entre aquellos lexicógrafos que, en una etapa incomparable de la bohemia finisecular parisina, contribuyeron al esplendor de la lexicografía española normativa.

De la biografía de Toro y Gisbert tenemos pocos datos por el momento, no sabemos casi nada. Destaca en su vida la dedicación a la filología, su brillante formación académica y su experiencia lexicográfica. Fue *Académico correspondiente en el extranjero* de la Real Academia Española. La primera vez que se le incluye como tal es en el ¹⁴*DRAE* de 1914 y sigue ocupando el puesto de *correspondiente* en París en 1956 (¹⁸*DRAE*) y en Francia en 1970 (¹⁹*DRAE*). Ignoramos si había fallecido en 1966, como indican los catálogos bibliográficos de algunas bibliotecas consultadas, o si vivía aún en 1970, como se desprende del ¹⁹*DRAE*. Nada se dice de su fallecimiento en la vigésima edición del *DRAE*, de donde ha desaparecido su nombre entre los académicos correspondientes.

La mayor parte de las noticias sobre la familia de Toro y Gisbert se limitan al desempeño de su profesión en los ambientes editoriales parisinos. Hemos sabido por la Enciclopedia Espasa que su padre, D. Miguel de Toro y Gómez, había estudiado Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Granada. Antes de trasladarse a París (hacia 1882), donde residió treinta años, ejerció de periodista en Madrid, como redactor de *El Debate*, y trabajó como secretario particular de Sagasta. Ignoramos la razón por la que a los 61 años (1912) se trasladó a la República Argentina y obtuvo la nacionalidad argentina. Entre 1914 y 1920 impartió gramática histórica en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en el Instituto Libre de Enseñanza Secundaria y en la Escuela Normal de Maestras. Falleció el 19 de abril de 1922 en Buenos Aires. Hizo gala siempre de su capacidad de trabajo, acumuló saberes y erudición enciclopédicos, no se arredró ante las dificultades y luchó por la regeneración de España (la reforma socioeconómica, política y educativa; la

decadencia cultural, el estatus de la mujer, el secular oscurantismo español, la solidaridad social y el humanitarismo, etc.). Entre tanto trabajo intelectual y tan poco tiempo libre se preguntaba, con referencias directas a Garcilaso de la Vega:

¿Quién podrá narrar la vida que llevamos en las grandes ciudades los que vivimos un día y otro, *amarrados al duro banco* de los trabajos literarios, tan duros como mal recompensados y que no nos dejan tiempo para pensar en esos recreos del espíritu, que pasan continuamente delante de nuestros ojos [...]?³

Debemos a I. L. Lapuya algunas notas sobre Toro y Gómez, dentro del panorama que traza sobre la bohemia española en París a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. De su testimonio se deduce que Toro y Gómez era un buen patriota andaluz, que guardaba vivas en la memoria las tradiciones populares (cuentos, paremias, fábulas, coplillas, dichos, acertijos, etc.) y disfrutaba reviviéndolas en los ambientes parisinos cuando se hallaba frente a un español⁴. Su formación universitaria se enriquecía con ese hondo saber folclórico que, sabiamente dosificado en la conversación, provocaba la sonrisa

³ M. de Toro y Gómez, «Una visita a la Escuela Normal de Institutores del Departamento del Sena», en *Por la cultura y por la raza*, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, París, Librería Paul Ollendorff, 1908, p. 166.

⁴ «Cuando allá por los años de [18]64 y [18]65, frecuentaba yo la escuela en mi ciudad natal [Loja], había un buen viejo, menudo, activo, inteligente y bondadoso, que ejercía el modesto cargo de sacristán en una de las parroquias. ¿De dónde era originario? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué misterio encerraba aquella existencia? Lo ignoro: solo recuerdo que todo el mundo le conocía únicamente por el cariñoso y familiar mote de *Padre mío*. *Padre mío* era una enciclopedia ambulante, estaba dotado de una memoria prodigiosa, y por las noches solía reunirnos a algunos escolares de su vecindad para contarnos romances, historias maravillosas y leyendas heroicas [...] Las legendarias hazañas de Diego Corrientes, de los Niños de Écija, de Periquillo el del Colegio y de otros criminales famosos constituían el variado repertorio de *Padre mío*, que nos hacía pasar deliciosos ratos» (M. de Toro y Gómez, «La literatura infantil», *Por la cultura y por la raza*, pp. 109-110).

del interlocutor. Era un espíritu burgués lúcido y crítico, forjado a sí mismo con esfuerzo, que desde su privilegiada atalaya se regocijaba con las novedades parisinas y los avances de los nuevos tiempos:

Llegamos al número 32 del *Boulevard de Montparnasse*: era el domicilio de D. Miguel de Toro, publicista, licenciado en Filosofía y Letras, *influyentísimo*, me había explicado Bark, en la casa del editor Garnier [...] El Sr. de Toro, más bien bajo que alto, redondeado de vientre sin llegar a panzudo, tenía el aspecto burgués en toda su pureza. A los diez minutos de conversación aparecía su alma enteramente acomodada a su forma. Hablamos, o habló él, de política. De todos los hombres públicos decía que «eran unos ladrones». Hablamos de artistas y de ellos no hallaba qué decir sino «esos modernistas, que no saben dibujo...» De los músicos no tenía nada que objetar, sino que «le cargaban». Por último, acerca de los periodistas, tal vez porque me hallaba yo delante, no emitía juicios atrevidos. Lo único que me llamó la atención fue que apenas nombrábamos a uno cuando exclamaba: «¡Ah! sí; cuando yo lo tuve en *El Debate*...» En cambio me encareció que visitara los Grandes almacenes, le *Louvre*, le *Bon Marché*, le *Printemps*, etc. «Ya verá usted qué de riquezas. Hay almacén que expone mercancías por cuarenta millones. Tiene usted gabinete de lectura gratis, donde con toda comodidad lee usted los periódicos y escribe usted su correspondencia en papel y sobres muy bonitos que no le cuestan nada. Hay un *buffet* donde le dan a usted un pastelito, una copa de bebida refrescante...; en fin, vaya usted y ya me contará sus impresiones».

Salimos de casa de D. Miguel de Toro con el ánimo regocijado: aquel rato lo habíamos pasado en España.

Toro era un buen español: montaba en cólera siempre que oía decir algo desagradable para nuestra patria⁵. Hombre bueno, aunque no carecía de faltas, cosa naturalmente humana, tenía el defecto de la vanidad, en competencia con Zerolo. Sin embargo, consciente de su mayor valer en conocimientos adquiridos, blasonando de sus títulos

⁵ «Uno de los yerros en que incurre el falso patriotismo es la denigración y el vilipendio de nuestro país y de sus hombres ante los extraños, vicio a que nos sentimos bastante inclinados. Ya dijo el poeta Bartrina que bastaba oír hablar a un hombre para saber su patria, y añadía: *Si habla mal de España, es español*» (M. de Toro y Gómez, «El patriotismo», *loc. cit.*, p. 195).

universitarios, no entraba en pugilatos ostensibles. Su trato carecía de atractivos, en punto al intelecto; pero resultaba distraído. Su cantidad de refranes y de cuentos rompía la vulgaridad de sus ideas y producía frecuentemente la sorpresa inductora de la risa⁶.

Era bien sabido que Toro y Gómez trabajaba en la editorial Garnier, por lo que, cuando llegó hasta los mentideros madrileños la noticia de que el famoso editor francés preparaba un monumental *Diccionario Enciclopédico* que iba dirigido a los países hispanoamericanos, se abrían nuevas perspectivas para muchos españoles. Según Gómez Carrillo, “para todo español bohemio en París, trabajar en la casa Garnier era el sueño de su vida⁷”. De la mano de Ernesto Bark llegó I. López Lapuya a la casa Garnier, donde trabajaban Miguel de Toro (padre), junto con Alejandro Sawa, Emilio Prieto, el peruano González de la Rosa y otros, bajo la dirección de don Elías Zerolo. De Zerolo, director del *Diccionario Enciclopédico* que preparaba Garnier, escribe lo siguiente Isidoro L. Lapuya:

Se entreabrió la puerta, dejando ver a un señor alto, de mosaica barba y de calva apostólica. Moreno y de ojillos oscuros, contrastaba con la rubicundez de Bark y con el aire franco de la mirada de éste. Ernesto se quedó confuso. Se había equivocado de piso, pero por el acento, por oírnos decir que íbamos a casa del Sr. Toro, el personaje de la puerta entreabierta nos conoció por españoles y se nos reveló como compatriota. Amablemente nos invitó a que entráramos en su casa. Era Elías Zerolo un trabajador de las letras; un aficionado a la cartografía, pagadísimo, como el tiempo me lo hizo ver, de su ciencia geográfica [...] Este conocimiento geográfico rompió el hielo: Zerolo se manifestó más complaciente. Nos hizo confidencias de su vida en París, nos interrogó familiarmente acerca de nuestros propósitos y, al cabo de una hora que duró la entrevista, quedábamos ambos geógrafos en la mejor amistad del mundo [...] Bark, emocionado me dijo:

⁶ I. L. Lapuya, *La bohemia española en París a fines del siglo pasado: Desfile anecdótico de políticos, escritores, artistas, prospectores de negocios, buscavidas y desventurados*, con un Prólogo de J. Esteban, «Biblioteca de Rescate», Sevilla, Renacimiento, 2001, pp. 35-37.

⁷ E. Gómez Carrillo, *La miseria de Madrid* (hay edición de J. L. García Martín, Gijón, Libros del Pexe, 1998), *apud* I. L. Lapuya, *loc. cit.*, p. 11.

«—Chico..., chico... ¿Sabes que este Zerolo es el alma de la casa Garnier y el director del Diccionario Enciclopédico? Ya te veo en la redacción del diccionario»⁸ [...]

Por último, teníamos al director Zerolo. Naturalmente, éste venía tarde, si venía. Un vistazo a la cantidad de papeletas disponibles para dar a la imprenta. Otro vistazo a las pruebas en galeradas; otro a las ajustadas en pliego. Y con esto se quitaba las gafas, cuidando que los ganchillos no le lastimaran las orejas, se limpiaba los ojos con un pañuelo blanco plegadito y después de pasar el mismo pañuelo por los cristales de las gafas se las guardaba en un estuche. Entonces ensayaba una sonrisa, que a veces le resultaba bien, y ya estaba en las debidas condiciones para entablar una conversación, cuyo peso recaía en La Rosa, alternando, como la jerarquía lo mandaba, con D. Miguel de Toro. Así avanzaba la hora y llegaba el momento de marcharnos⁹.

Respecto del «despachito» que ocupaba Elías Zerolo en la Editorial Garnier, véase la descripción que sigue:

Era [...] un cuartucho, especie de depósito de expedientes y papeles viejos. Tenía, sin embargo, una reja a la calle y siempre que no estuviera el día nublado podía calificarse de exterior. En los días de invierno, en los lluviosos de la primavera y del otoño, el cuarto se convertía en interior. Entonces traían a Zerolo una lámpara Cárcer —el quinqué de aceite, no petróleo—, que de su elevado recipiente goteaba untuosas perlas. Zerolo me recibió muy bien, dejando de leer un periódico. Sin embargo, fue sobrio de palabras y presto en sus resoluciones; se trataba de demostrar ante el señor francés que no perdía el tiempo. Quedó entendido que yo ingresaba en la redacción del diccionario tomando posesión al siguiente día¹⁰.

Asimismo, en *La bohemia española en París...*, queda bien retratada la Editorial Garnier:

Si alguien pasa hoy por la rue des Saints-Pères, esquina a la de Lille, hallará que la casa editorial «Garnier Frères» ocupa un edificio

⁸ I. L. Lapuya, *loc. cit.*, pp. 35-36.

⁹ I. L. Lapuya, *loc. cit.*, p. 79.

¹⁰ I. L. Lapuya, *loc. cit.*, p. 71.

elegante, con zócalos de mármol a lo largo de las fachadas, balconaje, restaurado, de la buena época borbónica; balcón central oficialmente clasificado como monumento de arte; verá las puertas de cerrajería artística y de maderas talladas, y juzgará que, en efecto, aquella casa se presenta como poseedora de un capital potente. Pero en la época de que vengo hablando el mismo edificio inspiraba ideas de pobreza. Las fachadas carecían de mármoles, chorreaban humedad y se descascarillaban entre grietas lagartijeras. Para entrar en la librería francesa aún podía decirse que había puerta; pero para la librería española sólo cabía hablar de media entrada, un poco más de portezuela y algo menos de lo que convenía para que cupiera de frente un hombre grueso. Por aquella puertecilla, sin embargo, han entrado los más ilustres maestros de la literatura hispanoamericana. El siglo XIX, en sus dos tercios por lo menos, ha sido editorialmente ornamentado por las producciones salidas de aquel rincón modesto¹¹.

[...] Y enseguida me condujo, para presentarme a monsieur Garnier, guiándome por un dédalo de pasillos. Sorteando obstáculos de paquetes de libros y de cajones de embalaje llegamos a una pieza grande: la librería francesa. Parecía suntuosa en comparación con la española; pero esto no era más que una impresión. Mirándolo bien, aquella pieza, fuera de su capacidad y de sus varias rejas, de una parte a la calle y de otra a un patio, necesitaba un buen repaso de techo, entarimados y paredes. La vejez tenía allí su domicilio. Y la vejez estaba representada, dignamente, por el propio monsieur Hipólito Garnier, superviviente de la Sociedad Garnier Hermanos. Este señor se hallaba sentado en un sillón, a menos que no fuera una silla, con una mesa de cuatro patas por delante; señor, sillón y mesa, dando la izquierda a una ventana por donde entraba la tamizada luz del patio [...] Monsieur Garnier, al presentarnos en la sala Elías Zerolo y yo, estaba en conversación con un caballero de levita y condecorado: era un profesor de la Sorbona [...] El profesor dijo, no sin cierta viveza: —Señor Garnier, de la manera que usted quiere no se pueden hacer más que libros malos.

—Son los que más se venden —contestó Garnier con una vocecilla maquiavélica.

Marchado el profesor, Zerolo y yo nos acercamos. Apenas hecha la presentación, Zerolo desapareció, como si sus ocupaciones no le permitieran perder cinco minutos. [...] La sonrisa del editor Garnier,

¹¹ I. L. Lapuya, *loc. cit.*, p. 70.

saliendo por debajo de un bigotillo recortado, era característica. Desde luego, servía maravillosamente para ocultar sus impresiones [...] Su voz, cascada ya, tenía ciertas inflexiones armónicas; seguramente aquella voz se había ejercitado en persuadir a miles de clientes. Garnier mandó que me acercaran una silla [...] sin saber por qué, se estableció un vínculo de simpatía entre aquel anciano, calificado de intratable, y el publicista oscuro que iba solicitando trabajo [...] Salí de mi primera entrevista con Garnier, no sólo recibido en el diccionario, sino encargado de la redacción de un libro original y de materia nada fácil. Garnier se hizo cargo al momento de estas dificultades, y me dijo:

—Para hacer libros es necesario tener libros. Pida usted los que quiera de nuestros catálogos o de otros¹².

Por su parte, el mismo Miguel de Toro y Gómez nos ofrece su perspectiva de la bohemia en Francia, con pinceladas muy críticas contra los españoles que recalaban en París:

¿Qué diré de los españoles y americanos? Vienen a París o van a otros puntos de Europa a divertirse, a continuar la vida de café, a reunirse entre sí y a no trabajar. [...] Búsqúeselos siempre en cafés y teatros, alegremente ocupados en *hacer tiempo* (que es nuestra gran industria nacional) y en aligerar la renta paterna. No hay perro ni gato que no los conozca, excepto los profesores. Los únicos que generalmente estudian y se distinguen, son los que menos recursos tienen. Resulta que vuelven a España o a América sin haber aprendido la lengua del país y poseyendo tal vez algún vicio nuevo. De París no digamos. Las Academias más frecuentadas son *Folies-Bergères*, *Parisiana*, *Moulin-Rouge*, etc., juntamente con los cafés de los grandes bulevares¹³.

Una vez demolido el casón donde tuvo sus talleres el sabio presbítero Jacobo Pablo Migne, uno de los teólogos franceses más notables del siglo XIX, director y editor de la Biblioteca del Clero (con más de mil volúmenes, que constituyen un monumento bibliográfico), dice I. L. Lapuya que M. Garnier edificó en aquel solar cuatro grandes inmuebles. Allí se hallaba instalada

¹²I. L. Lapuya, *loc. cit.*, pp. 72-73.

¹³M. de Toro y Gómez, «Las lenguas vivas», pp. 234-235.

[...] la oficina donde los redactores del *Diccionario Enciclopédico* trabajaban por la mañana y por la tarde. Para llegar a la sala de redacción era preciso subir una escalera que había sido suntuosa, cruzar una imponente biblioteca, llena de vetustos infolios, y dejando atrás todavía otras salas, ir a dar en una habitación no muy grande, que recibía luz de un balcón a la avenida y de otro que daba a un jardín poblado de árboles frutales. No podía ser mejor el sitio, y como en aquel tiempo por la avenida no pasaban ni tranvías ni ómnibus, la quietud apacible no se alteraba con estrépitos. De manera que los redactores podían escribir sus papeletas con serenidad académica. En efecto, cuando yo ingresé en la docta reunión, mis compañeros andaban por la letra B; cinco años nada más habían empleado en redactar la letra A¹⁴.

En aquellos días parisinos en que colaboró Lapuya en el *Diccionario Enciclopédico*, se sucedían mil incidentes cotidianos en la redacción. Algunas discusiones son recordadas por la pluma del escritor bohemio:

Sawa no estaba fuerte en régimen; pero Toro lo estaba. Nunca hubiera incurrido en el error de tomar por preposición un artículo. En consideración a esto sin duda no le dieron a Toro esta misión, que hubiera disminuido las bellezas de muchos disparates imprevistos. Dieron a Toro la tarea de ilustrar las definiciones con citas. Y el compañero Toro, documentado con Samaniego y con Iriarte, coleccionaba fábulas que se sabía de memoria [...]

González de la Rosa, peruano de sólidos conocimientos americanistas, director que había sido de la Biblioteca de Lima, era un sacerdote que había colgado los hábitos [...] ¿Qué hacía en nuestro diccionario? Muy difícil es la contestación. Lo más evidente es que hablaba, hablaba, hablaba de una manera grata. Principalmente, sostenía épicas discusiones con Toro sobre cualquier punto trivial que ambos contrincantes convertían en episodio de guerreros homéricos de Troya¹⁵.

¹⁴I. L. Lapuya, *op. cit.*, p. 77.

¹⁵I. L. Lapuya, *loc. cit.*, p. 78.

Es ilustradora la anécdota del tiroteo que protagonizó Sawa el día de su despedida del Diccionario. Aunque no fue el único, pues se repitieron los disparos con otros redactores como protagonistas (Santiago Romojara):

Montó en ira [Sawa] y se cebó en palabras contra el inofensivo, aunque imprudente, pacifista [...] Al momento intervinimos todos. El campo de contienda se extendió, y súbitamente sonó un tiro. Recuerdo de manera imborrable el pánico del pobre La Rosa. Por ser yo quien estaba más cerca, se cobijó detrás de mí, temblando como una criatura. Prieto, que estaba junto a Sawa, trató de desarmarle. Otro tiro partió. Al pánico de La Rosa se sumó entonces el de Toro. Por último, el revólver de Sawa cruzó como una piedra por el aire y cayó al suelo, casi a mis pies, y como si hubiera sido lanzado para dar en La Rosa. [...] Sawa salió de la redacción y ya no volvió nunca a ella¹⁶.

Otro colaborador importante del Diccionario fue Mario Roso de Luna, que estaba por aquellos años en París. Era un joven «que había descubierto un cometa con sólo alzar los ojos al cielo. Era ya un sabio. A mayor abundamiento lo es hoy, cuando con profundos estudios sigue elevando los ojos a lo incognoscible, que él trata de conocer, o por lo menos de adivinar, a través de su ciencia teosófica¹⁷». Roso de Luna colaboró en el ambicioso *Nuevo diccionario enciclopédico ilustrado de la lengua castellana*, aparecido en 1901, con el *Diccionario biográfico, geográfico é histórico*.

Habrá que rastrear más información sobre los Toro en otras fuentes y documentos, que ni ahora tenemos a nuestro alcance ni se relacionan más que indirectamente con la gestación de las *Voces andaluzas*. Al mismo Lapuya debemos algunas otras pinceladas bohemias sobre Toro y Gómez, que introdujo a su hijo en el ambiente editorial y lexicográfico. Pueden servirnos para conocer mejor a esta estirpe lojeña y granadina de investigadores afincados en París. Lapuya nos descubre que Miguel de Toro firmaba, bajo el pseudónimo de P. Gómez, —sin duda por motivos puramente

¹⁶I. L. Lapuya, *loc. cit.*, p. 82.

¹⁷I. L. Lapuya, *loc. cit.*, p. 243.

económicos— cuanto libro de materia eclesiástica, rezos u oraciones publicaba la casa Garnier. De este modo Toro y Gómez se garantizaba el monopolio de las ventas y no permitía que nadie publicara obras similares. Esto significa que la vida cotidiana en el ambiente bohemio parisino era dura y difícil hasta para la familia de los Toro, quienes dadas las circunstancias, tuvieron que trabajar duramente como escritores de oficio (incluso bajo pseudónimo), como intelectuales y como lexicógrafos.

Desde que entró en el *Diccionario Enciclopédico*, el mismo Gómez Carrillo daba buenas muestras de su bohemia en el trabajo, donde había seducido a Toro y Gómez; y tenía obnubilados a todos los redactores, incluido el propio director. Lo mismo ocurría en presencia de otro colaborador, Ricardo Fuente:

Gómez Carrillo, ajeno a tareas gramaticales o de léxico, vino sin que nadie se ocupara del porqué, y sin que a él mismo le importara la causa [...] Era el Benjamín, el niño mimado. Hacía cuanto se le antojaba, siendo frecuente que no se le antojara nada. Con ingenio chispeante había envuelto a los burgueses, a Toro y a Zerolo, a La Rosa y a Isaza; de suerte que los tenía hipnotizados. Cuando él no quería trabajar, no trabajaba nadie, excepto Prieto. [...]

[Ricardo Fuente, por su manera de conversar] seducía y ocupaba la atención por tiempo indefinido. Zerolo le escuchaba, olvidándose de las pruebas de imprenta. [...] El único que se impacientaba algunas veces era Toro, quien estirándose los manguitos de memorialista y mascando un cigarro puro, guiñaba un ojo y acababa por ensartar en la plática de Ricardo Fuente algún refrán de este orden: —Eso es; para que te peas llevando el cirial¹⁸.

¹⁸I. L. Lapuya, *loc. cit.*, pp. 110-111.